

Memoria y Violencia. A los cincuenta años de “La Violencia en Colombia” de monseñor Guzmán et al¹

Memory and Violence. Fifty Years After “La Violencia en Colombia” by Bishop Guzman et al

Memória e Violência. Cinquenta anos de “La Violencia en Colombia” de Monsenhor Guzmán et al

Alberto Valencia Gutiérrez
Sociólogo, docente de la Universidad del Valle, Cali-Colombia
albertoalencia2010@gmail.com

Recibido: 25.09.12
Aprobado: 10.10.12

1 Este artículo es resultado de una investigación bibliográfica llevada a cabo en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá en los años noventa.

Resumen

Este artículo hace una presentación e interpretación del libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, escrito por monseñor Germán Guzmán Campos, el sociólogo Orlando Fals Borda y el jurista Eduardo Umaña Luna. El objetivo es presentar las condiciones en que este libro fue escrito, las fuentes en que se apoya, las características de sus autores, sus principales planteamientos, el tipo de análisis sociológico que propone y la interpretación que elabora de este proceso. Todo ello en el marco de lo que representa este documento en el proceso de asimilación y construcción de la memoria colectiva de los años cincuenta en Colombia.

Palabras clave: Violencia Años 1950, Memoria Colectiva, Violencia, Conflicto en Colombia.

Abstract

This article presents and analyzes the book *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* by Monsignor Germán Guzmán Campos, sociologist Orlando Fals Borda, and jurist Eduardo Umaña Luna. It seeks to explore the conditions upon which this book was written, the sources it uses, the characteristics of its authors, the principal issues it tackles, the sociological approach it suggests, and the way it understands the process, while analyzing what this document means to the process of assimilation and construction of collective memory of the fifties in Colombia.

Key Words: Violence 1950s, Collective Memory, Violence, Conflict in Colombia

Resumo

Este artigo faz uma apresentação e interpretação do livro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, escrito pelo Monsenhor Germán Guzmán Campos, o sociólogo Orlando Fals Borda e o jurista Eduardo Umaña Luna. O objetivo é fornecer as condições em que este livro foi escrito, as fontes em que se assenta, as características de seus autores, suas principais abordagens, o tipo de análise sociológica que propõe e a interpretação que desenvolve deste processo. Tudo isto, no contexto do que representa este documento no percurso de assimilação e construção da memória coletiva do *anos cinqüenta* na Colômbia.

Palavras-chave: Violência anos 1950, Memória Coletiva, Violência, Conflito na Colômbia.

Introducción

En el mes de julio de 1962 (pero con fecha de junio), pocas semanas antes de que terminara el primer gobierno del Frente Nacional en cabeza del liberal Alberto Lleras Camargo, aparece publicado en Bogotá, por la Editorial Iqueima (la segunda edición la hace Tercer Mundo), en versiones numeradas y repartidas de manera restringida, el libro *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social* (en adelante se cita la edición de 1980 con la abreviatura LVC), firmado por tres autores de origen diverso: monseñor Germán Guzmán Campos, párroco de El Líbano, Tolima; Orlando Fals Borda, sociólogo Decano de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional; y Eduardo Umaña Luna, conocido liberal de izquierda y abogado penalista de renombre en el ámbito jurídico. El libro consiste en una presentación exhaustiva de lo sucedido en Colombia durante el período comprendido entre 1946 y comienzos de los años sesenta, conocido desde entonces en la vida nacional como la época de *La Violencia* (con mayúscula), durante el cual, según cálculos del propio libro, hubo no menos de 200.000 homicidios hasta 1962 (LVC t. 1, 292), resultado del enfrentamiento entre liberales y conservadores, en condiciones y con características que iremos presentando a lo largo de este trabajo.

El libro constituye un documento excepcional en diversos sentidos. Desde un punto de vista académico, es prácticamente el primer estudio de envergadura sobre *La Violencia* de los años cincuenta; desde un punto de vista político, es una denuncia de las atrocidades que ocurrieron en nombre de los partidos políticos durante aquella época; desde un punto de vista histórico, es un eslabón fundamental en el proceso de asimilación y construcción de la memoria colectiva de *La Violencia* de los años cincuenta por parte de la sociedad colombiana. Se tratará entonces de reconstruir las circunstancias particulares en que se inscribe la aparición del libro, las características de sus autores, su contenido, la interpretación que propone y los efectos que produjo. Todo ello como paso previo para la comprensión de su significado en el proceso de construcción de la memoria colectiva de los años cincuenta.

1. El libro y la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional

La iniciativa de publicar *La Violencia en Colombia* provino de los profesores de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia Camilo Torres Restrepo, Orlando Fals Borda, Andrew Pearse y Roberto Pineda, quienes a comienzos de 1961 hicieron un viaje hasta El Líbano (Tolima), para proponerle a monseñor Guzmán la publicación de un libro que recogiera la información de la que disponía. Para comenzar hay que decir, entonces, que el libro hace parte fundamental del proyecto académico de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

Esta Facultad, la primera en América Latina, fue creada en 1959 por el sociólogo Orlando Fals Borda (recién llegado al país después de terminar sus estudios en Estados Unidos), con el apoyo de Camilo Torres, Andrew Pearse, Roberto Pineda, Virginia Gutiérrez de Pineda y Tomas Ducay (Cataño 1986). Orlando Fals ya había producido en ese momento dos obras que hoy en día se consideran clásicas en

la sociología colombiana: *El hombre y la tierra en Boyacá* (publicado en 1957 por la Editorial Tercer Mundo) y *Campesinos de los Andes* (versión inglesa de 1955). Fals es considerado por muchos como el fundador de la sociología en Colombia, el “primer exponente moderno de la profesión” (Camacho y Segura 2000, 213). La fundación de la Facultad de Sociología y la publicación de los estudios de Fals sobre la economía y la sociedad campesina en Boyacá, se pueden tomar como el momento inaugural de la creación de la sociología institucional en Colombia. El prólogo a *La Violencia en Colombia*, escrito por Fals, se podría considerar no solo como una expresión del programa institucional de una dependencia universitaria, sino además como una especie de “manifiesto” del proyecto académico e intelectual de la naciente sociología colombiana.

La Facultad de Sociología de la Universidad Nacional publicó en sus primeros años de vida una serie de documentos sobre temas diversos, en los cuales se comenzaba a perfilar el estudio de *La Violencia*, que en ese momento se encontraba en su etapa final: en una serie llamada *Monografías sociológicas* aparece en 1960, a cargo de Roberto Pineda, un estudio regional sobre *La Violencia* llamado *El impacto de La Violencia en el Tolima: el caso de El Líbano* (monografía No. 6); en el I Congreso Nacional de Sociología, realizado en 1963, Camilo Torres presenta su trabajo *La Violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas*; y en el V Congreso Mundial de Sociología, realizado en Washington en septiembre de 1962, Andrew Pearse presenta la ponencia “Factors Conditioning Latent and Open Conflict in Colombian Rural Society. *La Violencia* en Colombia. Estudio de un proceso social”, que es la monografía No. 12 de la serie mencionada. En pocas palabras, el estudio de la violencia que asolaba al país en ese momento hacía parte fundamental de ese proyecto académico.

La orientación intelectual de la Facultad de Sociología en ese momento es, sin lugar a dudas, el funcionalismo norteamericano, que es a su vez la tendencia dominante en la sociología en el plano internacional o, al menos, en las corrientes originadas en Estados Unidos. La corriente funcionalista se puede considerar en un doble sentido: por una parte, por su dimensión especulativa, que podríamos llamar “teorista” o si se quiere “metafísica”, en la que se da prioridad a la integración social sobre el cambio, alrededor de conceptos célebres como función, disfunción, sistema, estructura, entre muchos otros; y por otra, por su inclinación empírica o “cientifista”, que inspira múltiples investigaciones de campo (Giddens 1998, 31-32).

Esta doble orientación del funcionalismo se expresa de manera clara en el libro *La Violencia en Colombia*. Por una parte, el texto tiene una clara orientación empírica que podríamos denominar positivista (en el buen sentido del término), como veremos más adelante, por la información que ofrece y el tipo de análisis sociológico que lleva a cabo; pero, por otra, delata también la orientación especulativa del funcionalismo. En este último sentido se inscribe el célebre capítulo XIII del primer volumen (“El conflicto, la *Violencia* y la estructura social colombiana”), que es un intento de elaborar una explicación de carácter global del fenómeno, a partir de todo el aparatage conceptual del funcionalismo. Es interesante observar que este capítulo no es firmado por ninguno de los tres autores sino que constituye, en palabras de Fals Borda, “la interpretación del fenómeno hecha por los profesores de la Facultad” de Sociología de la Universidad Nacional (LVC t. 1, 17). De ser esto cierto, este capítulo reflejaría claramente

la orientación dominante en ese momento en dicha institución. Observemos, de paso, que es el capítulo menos atractivo e interesante de todo el libro, en contraste con el inmenso interés que despiertan las descripciones empíricas de los demás capítulos.

2. El libro y el Frente Nacional

El libro *La Violencia en Colombia* es elaborado y publicado durante los primeros años de vigencia del pacto político entre liberales y conservadores que se conoce como el Frente Nacional. Por tal motivo, para comprender de manera cabal su origen y significado en todos los ámbitos, políticos y académicos, es necesario ubicar los principales parámetros de esta nueva etapa de la vida colombiana.

El Frente Nacional es la estrategia política ideada por los principales dirigentes colombianos de los años cincuenta para poner fin a la violencia bipartidista de la época. El acuerdo partió de un diagnóstico implícito acerca de las razones que habían producido el enfrentamiento entre liberales y conservadores durante más de una década, y propuso una terapia institucional para ponerle fin. El diagnóstico, aunque superficial, era correcto; y en cuanto a su solución, aún seguimos discutiendo si era pertinente o no o, al menos, hasta qué punto lo fue.

El diagnóstico consistía en considerar que la violencia era consecuencia del interés de los partidos políticos por perpetuarse en el poder —por métodos violentos—, una vez conquistado. Se sabe que desde finales del siglo XIX la historia colombiana es una sucesión de períodos de monopolio del poder por parte de los partidos políticos: una República Conservadora, que comienza en 1885 con la derrota de los radicales liberales por las fuerzas del gobierno en la guerra civil de ese año, y termina en 1930; una República Liberal, que se extiende desde 1930 a 1946 y que fue posible gracias a la división conservadora en las votaciones en que es elegido presidente Enrique Olaya Herrera; y una nueva reconquista del poder por parte del conservadurismo en cabeza de Mariano Ospina Pérez en 1946, como consecuencia de la división liberal, entre los candidatos Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. A comienzos de los años treinta, después del triunfo del Partido Liberal, se produce una violencia partidista en los departamentos de Santander y Boyacá, patrocinada directamente por los liberales, que tuvo como resultado la no despreciable cantidad de diez mil muertos (Guerrero Barón 1991).

La violencia, si bien no tiene un comienzo discernible en un acontecimiento determinado y preciso, comienza a presentar sus primeras manifestaciones durante el segundo semestre de 1946, impulsada por grupos conservadores que persiguen y asesinan a los liberales, inspirados en el proyecto de homogeneizar políticamente el país a la fuerza. Esa violencia crece en proporciones enormes en 1947, año en el que hubo 14.000 muertos como consecuencia de la agresión conservadora. El 9 de abril de 1948, considerado por muchos erróneamente como el comienzo de los hechos violentos, es un acontecimiento que se inscribe en un proceso que ya venía presentándose tiempo atrás y contribuye a acelerarlo: la violencia, que hasta ese momento era "controlable", se desborda y se vuelve inevitable.

Es entonces sobre el diagnóstico de que la violencia es consecuencia de la gestión monopólica del poder por parte de uno de los partidos, que se construye la fórmula del Frente Nacional en sus dos aspectos fundamentales: la alterna-

ción nominal, en la Presidencia de la República, de representantes de uno y otro partido desde 1958, comenzando por el Liberal —aunque en un principio se pensaba en el Partido Conservador—, y la paridad en la administración pública. El partido ganador debía poner en práctica la milimetría (como se decía en la época del presidente Guillermo León Valencia) para repartir los ministerios y los puestos públicos en todos los niveles de la administración: nacionales, regionales y locales. La alternación se pactó inicialmente a doce años; en 1959 el Congreso la extendió a dieciséis (hasta 1974); y la reforma constitucional de 1968 amplió la paridad en la administración hasta 1978. A partir de esa fecha, según el artículo 120 de la Constitución, el partido ganador debía dar participación “adecuada y equitativa” al partido perdedor, al buen juicio del presidente de turno. Es así como el Frente Nacional perdura realmente hasta la Constitución de 1991.

No obstante, el Frente Nacional no era solo un asunto de alternación y paridad, sino también un acuerdo implícito de “perdón y olvido” frente a la responsabilidad por las atrocidades cometidas en nombre de los dos partidos en los años anteriores: silencio frente a lo ocurrido e interrupción de cualquier tipo de proceso judicial que estuviera en marcha. El pacto político no estableció ningún tipo de sanción frente a las responsabilidades por lo ocurrido en los años anteriores, ni organizó una comisión institucional o un tribunal de honor que investigara a los autores de crímenes o de masacres. Lo que sucede, por el contrario, es que los dirigentes políticos de los dos partidos que participaron activamente en la construcción y el sostenimiento de las estrategias de terror (ampliamente conocidos por la opinión pública con nombre propio) encontraron en el acuerdo la cobertura política que les garantizaba la impunidad y la posibilidad de reintegrarse a la vida pública nacional sin ningún contratiempo. El Frente Nacional ni siquiera estableció el criterio de la exclusión de la actividad política como sanción moral; de hecho, durante los años de vigencia del acuerdo nos encontramos con los promotores de la violencia desempeñando altos cargos gubernamentales como ministros, gobernadores o candidatos a la Presidencia de la República.

Ambos partidos, como se verá más adelante de la mano de la descripción de monseñor Guzmán, tuvieron responsabilidad en *La Violencia*, así la agresión inicial durante los años 1946-1949 hubiera sido conservadora. El Partido Liberal fue reaccionando poco a poco a esa provocación, sobre todo a partir de 1949, y sus actos de respuesta no se limitaron a ser una simple estrategia defensiva: los horrores y las atrocidades fueron plenamente compartidas. No obstante, el sector al que se le atribuye mayor responsabilidad en el desencadenamiento del proceso fue al laureanismo, cabeza del gobierno entre 1950 y 1953, con Laureano Gómez y Roberto Urdaneta en la Presidencia de la República. Sin lugar a dudas, el Frente Nacional no es solo un intento de recobrar la legitimidad de los partidos o de reinstitucionalizarlos, sino la “puerta grande” a través de la cual el laureanismo lleva a cabo su regreso triunfal a la vida pública, recupera el prestigio perdido y se reinscribe en la lógica política de una nueva época, amparado por el pacto político (Sánchez 1989).

El único proceso histórico sobre la responsabilidad de *La Violencia* de los años cincuenta se realizó mediante un “chivo expiatorio”, sobre el cual se volcó todo el “sentimiento de culpa colectivo”: el general Gustavo Rojas Pinilla fue lla-

mado a juicio por el Congreso Nacional entre 1958 y 1959, acusado de abuso del poder durante el ejercicio de su mandato (1953-1957), por el ingreso ilegal al país de unas reses o por haber dado la orden al gerente de la Caja Agraria de otorgar préstamos a unos campesinos que tenían invadida una tierra de su propiedad. Se trataba, como es apenas obvio, de un mero pretexto detrás del cual se encubría la necesidad real de descargar sobre alguien una parte de la responsabilidad de lo ocurrido. Los miembros del Parlamento se pusieron de acuerdo para inculpar a Rojas y exculpar a todos los demás miembros de la clase política que habían participado en la *Violencia* (Sánchez 1989).

Si se quisiera investigar el problema de la manera como se construye la "memoria colectiva" de la *Violencia* de los años cincuenta, crucial para el desarrollo posterior de la vida nacional, sería indispensable considerar que el tránsito entre lo sucedido en los años cincuenta y el período del Frente Nacional de los años sesenta en adelante estuvo mediado por el "ritual colectivo" de un juicio político en el Parlamento, en el cual se jugó la responsabilidad histórica de los dirigentes políticos, pero por interpuesta persona. No es gratuito, entonces, que el rojismo, el anapismo e incluso el Movimiento 19 de abril, M-19, que surgió de la Anapo socialista, hayan sido los mejores símbolos de la oposición al Frente Nacional durante los años sesenta y setenta.

La pregunta que habría que hacer, entonces, es qué significa, en el marco del pacto de impunidad que fue el Frente Nacional, la publicación de *La Violencia en Colombia*. El libro, en realidad, representa una trasgresión de ese acuerdo, porque saca a la luz pública lo que muchos no querían escuchar y preferían olvidar. La narración de los sucesos de violencia presentada por monseñor Guzmán no es exhaustiva y, aunque parezca paradójico, es realizada con gran moderación: solo aparece una pequeña parte de la información de la que realmente disponía su autor y, con muy pocas excepciones, se omiten los nombres propios de las personas comprometidas, muchas de ellas ampliamente conocidas por la opinión pública. Pero aun así, su publicación choca con el ambiente político que habían querido crear los ideólogos del Frente Nacional. Las reacciones posteriores a la aparición del libro son bastante elocuentes de la molestia que causó entre algunos sectores de la opinión pública del momento.

3. La Comisión investigadora de las causas actuales de La Violencia

El origen inmediato del libro *La Violencia en Colombia* se encuentra en el trabajo de la *Comisión Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia*, convocada mediante Decreto 0942 del 27 de mayo de 1958 por la Junta Militar de Gobierno, que estuvo en el poder durante quince meses, entre el 9 de mayo de 1957 y el 7 de agosto de 1958. La convocatoria se hizo con la anuencia y el respaldo de quien en ese momento era ya el presidente electo para el período 1958-1962, Alberto Lleras Camargo.

El Artículo 5 de este decreto autorizaba a la Comisión para desplazarse a todos los sitios que juzgara conveniente, para "tener acceso a todas las dependencias oficiales y enterarse de todos los informes oficiales, de carácter público, reservado o secreto, así como de los sumarios y demás expedientes", de tal manera que pudiera sustentar "sus opiniones en hechos concretos". El decreto, tal como

aparece en la denominación misma de la Comisión, circunscribía su trabajo a las “causas actuales” de la violencia, es decir, excluía de entrada las investigaciones sobre los antecedentes inmediatos del proceso pero, sobre todo, excluía cualquier juicio de responsabilidad en los acontecimientos. Se trataba de investigar “causas actuales”, no responsabilidades.

La Comisión estaba compuesta por siete personas, seleccionadas de manera heterogénea. Tres representantes de los partidos: Otto Morales Benítez, por el Partido Liberal; Absalón Fernández de Soto (antiguo gobernador del Valle) y Augusto Ramírez Moreno, por el Partido Conservador; dos militares: Ernesto Caicedo López y Hernando Mora Angueira; y dos sacerdotes: Fabio Martínez y Germán Guzmán Campos. El trabajo de la Comisión, a pesar de las limitaciones que le imponía el estatuto legal que la creaba, representa un excelente ejemplo de lo que es el tratamiento efectivo de un problema de violencia y conflicto por las vías del diálogo, la concertación y las buenas maneras, en contraste con lo que va a ocurrir unos años después, cuando ya no será asunto de escuchar y concertar sino de atacar y bombardear reductos campesinos de resistencia, como sucedió en Marquetalia y Riochiquito en los años sesenta.

La Comisión es el antecedente remoto de lo que serán otras comisiones posteriores: en primer lugar, la de los “violentólogos”, que dio como resultado el libro *Colombia: Violencia y democracia* (Comisión de Estudios sobre La Violencia 1987); en segundo lugar, la “Comisión de Superación de la Violencia”, que se reunió durante siete meses en 1991 por encargo de las Consejerías de Paz y de Derechos Humanos de la Presidencia de la República, en cumplimiento de los acuerdos de paz con el Ejército Popular de Liberación (EPL) y la organización Quintín Lame, que se habían reintegrado a la vida civil pocos meses antes y de la cual se conserva el libro *Pacificar la paz –lo que no se ha negociado en los acuerdos de paz*; y en tercer lugar, el *Informe Nacional de Desarrollo Humano, Colombia 2003* del PNUD (2003), que es el resultado de una amplia consulta nacional hecha por organizaciones no gubernamentales. El trabajo de la Comisión, durante los ocho meses de su funcionamiento, comprendió cuatro tipos de actividades que vamos a detallar con cuidado, porque pueden servir de punto de referencia para establecer la comparación con las comisiones mencionadas.

En primer lugar, un tipo de trabajo que podríamos llamar semietnográfico, consistente en visitar las zonas afectadas y hablar con la gente, no solo con las personas del común sino también con los “cabecillas de todas las tendencias”, los líderes religiosos y políticos, los jefes militares y la tropa de base, los exiliados en ciudades y pueblos, los detenidos por razones de orden público, los jueces y notarios y las autoridades civiles y eclesíásticas. Según monseñor Guzmán, se llevaron a cabo más de 20.000 entrevistas. La idea era establecer canales para el diálogo y crear confianza entre la gente para que hablara con toda la autonomía necesaria; abstenerse de juzgar los comportamientos: renunciar a cualquier tipo de parcialidad religiosa o partidista, y respetar las exigencias y demandas que hiciera la gente para poder hablar libremente. Según afirma el prelado, los campesinos decían que era la primera vez que venían a preguntarles qué les había pasado, a conversar con ellos y a hablarles de paz sin “echarles bala después” (LVC t. 1, 110).

En segundo lugar, la Comisión tuvo también una importante función pacificadora y se convirtió en el medio para establecer el cese al fuego donde fuera

necesario. Logró, según la versión de monseñor Guzmán, 52 pactos de paz, sobre todo en los departamentos de Valle, Caldas, Tolima y Huila, donde la violencia aún continuaba en el momento de la actividad de la Comisión.

En tercer lugar, la Comisión asumió una tarea de mediación entre las gentes y las autoridades departamentales y nacionales, propuso las medidas que debían adoptarse en las zonas afectadas y entró en contacto directo con los gobernadores de los departamentos y con el Presidente de la República para establecer programas de acción.

En cuarto lugar, la Comisión llevó a cabo una labor documental consistente en la revisión de archivos de parroquias, notarías, juzgados, inspecciones de policía, ministerios e informes oficiales de ministros y gobernadores. Estudió series de datos estadísticos existentes en ese momento sobre el conflicto y la documentación cartográfica y fotográfica de las zonas afectadas. Recolectó materiales relacionados con los elementos culturales del conflicto (como las canciones y las coplas), y se tomó el trabajo de revisar las fuentes secundarias sobre la *Violencia* que habían aparecido hasta el momento, como ensayos, crónicas, cuentos y novelas.

Finalmente, como propuesta de la Comisión, se formaron una serie de entidades y políticas orientadas a la construcción del proceso de pacificación. Monseñor Guzmán nos habla de "la formación del Comité Ministerial de Orden Público, de los Tribunales de Conciliación", de la construcción de las bases para una amnistía condicionada y, sobre todo, "de la creación de la Oficina de Rehabilitación" a cargo de José Gómez Pinzón, que debía encargarse de atenuar los "estragos de la violencia en los cinco departamentos en que se mantenía el Estado de Sitio" (LVC t. 1, 112). De todas estas agencias gubernamentales, vamos a encontrar menciones frecuentes a la Oficina de Rehabilitación, en la bibliografía que se refiere a estos primeros años del Frente Nacional.

En un artículo publicado en 1986, monseñor Guzmán, empleando un lenguaje beligerante inspirado en categorías de corte marxista (lucha de clases, clase dominante, imperialismo) y en un estilo muy diferente a la expresión ponderada de 1962, considera que la creación de esta Comisión fue un acto de "demagogia marrullera" por parte de los dueños del poder, interesados en detener la hecatombe y mejorar la imagen de Colombia en el exterior; pero, sobre todo, un intento de legitimar el Frente Nacional e "impedir la toma del poder por el pueblo". La convocatoria de la Comisión habría sido, entonces, el "instrumento utilizado por la clase en el poder para reproducirse y perpetuar su dominación a través del Estado". No deja de reconocer, sin embargo, que la Comisión llevó a cabo una labor positiva porque efectivamente logró la pacificación en muchas regiones y dejó como resultado un archivo que recoge lo sucedido (Sánchez y Peñaranda 1986, 349-366). Pues bien, ese archivo, muy organizado y muy bien clasificado, como se observa por las citas que aparecen en el texto, es la fuente primordial a partir de la cual se escribe este libro.

Mencionar el archivo de monseñor Guzmán se volvió un lugar común en los estudios sobre la *Violencia* de los años cincuenta y una fuente de gran misterio. Se dice que lo que aparece recopilado en el libro es apenas una pequeña parte de lo que el autor poseía. Estanislao Zuleta, quien tuvo acceso al archivo, comentaba que los documentos que allí pudo conocer comprometían a eminentes personalidades de la vida política del momento en el país; existían, por ejemplo,

telegramas con la consigna de “No dejar ni la semilla”, firmados con nombre propio por conocidos líderes nacionales (Conversación del autor con Estanislao Zuleta). La suerte del archivo es motivo de toda clase de especulaciones. Al preguntarle por su suerte, monseñor Guzmán dijo, en 1986, que “es mentira que lo haya vendido, cedido o enajenado. Reposa en mi poder guardado con cautela en lugar seguro” (Sánchez y Peñaranda 1986, 354). No obstante, no se tiene noticia de su paradero; monseñor Guzmán murió hace unos años y no se sabe si se llevó el secreto a la tumba.

4. El doble carácter del libro

La Violencia en Colombia tiene varios perfiles que no necesariamente se excluyen. Por una parte, es un texto político, sin lugar a duda, orientado a denunciar y, por esa vía, a producir un efecto entre sus lectores (efecto que por lo demás logra), consistente en modificar la actitud pasiva e irreflexiva frente a lo sucedido. El libro quiere poner a pensar a la gente sobre lo ocurrido, de tal manera, como dice monseñor Guzmán, que se pueda “desmontar la maquinaria de odio”, crear una voluntad de actuar para superar la situación y evitar que se repita; el país carece de una “noción exacta de lo que fue la *Violencia*” y se trata entonces de contar claramente lo que ocurrió (LVC t. 1, 23). Los gestores y promotores del libro, o sea, los profesores de sociología de la Universidad Nacional, también tenían una muy clara intención política de ubicar a la sociología en el primer plano de la acción política, según se puede colegir de la presentación del texto.

El lenguaje de la denuncia se encuentra de un extremo a otro del libro. A pesar de que asume los criterios positivistas que prescriben la descripción rigurosa de los hechos (en boga en ese momento en los círculos sociológicos), interrumpe con mucha frecuencia la presentación factual de lo ocurrido para hacer preguntas sin respuesta, claramente orientadas a propiciar que se tome conciencia de lo sucedido. Podemos ofrecer varios ejemplos que permiten apreciar la manera como monseñor Guzmán interrumpe la secuencia descriptiva de un texto académico para dar paso a la denuncia: “¿El pueblo, en este caso el campesinado, inició la violencia? No pudo ser”; “El campesino ignora por qué se le envuelve en la lucha, por qué lo persiguen, lo asesinan, le queman el rancho y profanan su hogar. Solo parece que la acción bélica sobre el pueblo tolimense obedeció a una sangrienta consulta: ¡diezmarlo! ¿Quién dio esa consigna?” (LVC t. 1, 43).

No obstante, el documento tiene también un claro carácter académico de primer orden y entre sus objetivos, como dice Monseñor, se encuentra el proyecto de “iniciar estudios serios y científicos sobre el fenómeno de la *Violencia*”. El enfoque académico se puede corroborar en varios detalles: el rigor en la presentación de la información empírica; la sustentación de sus afirmaciones en fuentes comprobables por el lector, no en meros indicios o suposiciones, como era lo común en ese momento; la elaboración de citas rigurosas; el afán de contraponer versiones diferentes de cada uno de los sectores en pugna, entre otros. *La Violencia en Colombia* es, prácticamente, la primera versión académica global del conflicto, ya que es el primer texto con orientación empírica, descriptiva y analítica que se presenta sobre el tema. Tiene algunos antecedentes que no com-

parten la misma pretensión de globalidad, ya que son, más bien, estudios locales o comentarios de carácter muy general.

El libro no asume —y esa es tal vez la virtud más importante que tiene— la posición política de ninguno de los grupos políticos comprometidos. La inmensa mayoría de los textos producidos antes de su publicación tienen un color político, representan el punto de vista de un partido político en contra del otro, es decir, están enmarcados, por lo general, dentro del conflicto. La gran novedad de *La Violencia en Colombia* es que supera al mismo tiempo las versiones liberal, conservadora y comunista del enfrentamiento y, por consiguiente, tiene el mérito de ser el primer libro producido por fuera del conflicto.

El libro, como pasa con todos los libros, es escrito desde unos valores políticos, desde una matriz política que vamos a llamar, más adelante, populista y religiosa. Pero este hecho es muy distinto a que asuma la lectura de los enfrentamientos partidistas desde el punto de vista de un partido contra el otro o que se dedique a hacer una selección amañada para demostrar que los autores de masacres y atrocidades son los enemigos políticos, “los otros” y no “nosotros”. La matriz populista y religiosa puede ser cuestionada y criticada, pero es indudable que se trata de un paso adelante muy importante frente a la lectura partidista que se da en ese momento, que permanece atrapada en el enfrentamiento liberal-conservador. La lectura populista, por el contrario, engloba los dos sectores en un concepto total de pueblo, que opone a las oligarquías.

5. Los autores

La Violencia en Colombia es un libro que se presenta a nombre de tres autores entre los cuales no existía una estrecha relación académica en un principio. Su presencia simultánea obedece a que el proyecto del libro consistía inicialmente en reunir la opinión de cinco personas provenientes de diferentes posiciones: un sociólogo, un jurista, un sacerdote, un psicólogo o un psiquiatra y un militar. Pero como estos dos últimos no aceptaron el libro fue elaborado por los tres que sí lo hicieron: Orlando Fals Borda, monseñor Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna, un destacado abogado penalista, conocido en algún momento por su defensa de los presos políticos, perteneciente a una generación de juristas liberales de izquierda, que utilizaban el derecho en la defensa de los oprimidos.

El libro, como dice el prólogo de Fals Borda, es un ejemplo de literatura compartida. No obstante, no queda claro para el lector qué tan compartido es efectivamente el libro. El autor principal, ampliamente reconocido por sus compañeros de labor, es, sin lugar a dudas, monseñor Guzmán Campos, responsable de 19 capítulos de un total de 27 (los capítulos, por lo demás, más importantes del texto), y de uno compartido. Orlando Fals es autor del prólogo y del epílogo del primer Tomo, aparece como coautor del capítulo XI, y es autor de la introducción del segundo Tomo, en la que analiza el impacto de la aparición del primer Tomo. El capítulo XIII, que no aparece firmado, representa, según Fals, la posición de los profesores de la Nacional, pero muy probablemente fue escrito por él. La parte correspondiente a monseñor Guzmán es muy probable que haya sido revisada al detalle por Fals, y que algunas expresiones de carácter sociológico que aparecen de vez en cuando (como las referencias a los conceptos de función y

disfunción) hayan sido introducidas por él y no por monseñor Guzmán, quien en ese momento no tenía una clara formación sociológica.

Eduardo Umaña, autor de 300 páginas de las 890 que componen el libro en total, es responsable de un capítulo en la tercera parte del Tomo 1 y de las partes I y II del Tomo 2. El enfoque predominante de su aporte es jurídico. Lo más importante es el estudio que hace de las normas y las instituciones que los guerrilleros de los Llanos Orientales crearon para autorregularse, al calor de la lucha, ante la ausencia de una autoridad estatal, en una “lección de derecho vivo”, como dice Orlando Fals Borda en la Introducción. El estilo de escritura que utiliza Umaña Luna en el texto y el tipo de análisis que lleva a cabo son muy representativos de lo que es una generación de intelectuales colombianos, si se entiende que las generaciones se marcan por un estilo de escritura particular. En esa generación el abogado era prácticamente el amo y señor del campo cultural. Durante las últimas cuatro décadas del siglo XX irrumpe en Colombia una generación nueva de científicos sociales que saca la cultura del dominio de los abogados y crea otro estilo de trabajo y de escritura. La heterogénea formación de los autores del libro nos muestra claramente que *La Violencia en Colombia* es un libro de transición entre ambas generaciones.

6. El uso de la literatura

Se podría suponer que, en el momento de su publicación, *La Violencia en Colombia* es una expresión del “estado el arte” (como se dice en la actualidad) de la *Violencia* de los años cincuenta. El libro considera que la literatura anterior tiene tres características: se dedica a una enumeración de los crímenes, se desgasta en inculpaciones partidistas o se limita a versiones noveladas y casuísticas (LVC t. 1, 23).

Llama la atención la manera como los autores utilizan todas las fuentes bibliográficas disponibles en ese momento, independientemente de si son liberales, conservadoras o comunistas. En el capítulo I, en el que presentan los antecedentes de *La Violencia* en los años treinta y cuarenta, sobre todo durante la llamada República Liberal, no utilizan los documentos de los liberales sino los textos escritos por los conservadores, que eran los mayores críticos de los gobiernos en ese momento. Tal es el caso del libro *El materialismo contra la dignidad del hombre* del expresidente Roberto Urdaneta Arbeláez (1962), que considera a *La Violencia* como una estrategia global de los líderes marxistas para conquistar el mundo; de la obra *La batalla contra el comunismo en Colombia*, de José María Nieto Rojas (1956), exponente de la teoría del complot anticomunista y que tiene la virtud de recopilar buena parte de las admoniciones obispaes en favor de la violencia, entre las cuales se encuentran las de monseñor Miguel Ángel Builes; o del libro *De la revolución al nuevo orden*, de Rafael Azula Barrera (1956), que describe, con espíritu sectario, el período comprendido entre el famoso Bogotazo (según la denominación internacional) hasta el inicio de la administración de Laureano Gómez. En síntesis, para describir este período no utiliza de manera prioritaria una literatura liberal, sino una literatura contestataria del liberalismo, supremamente reaccionaria, si se me permite esta expresión. Es interesante observar que, en esta parte del texto, un documento tan importante, por la descripción que ofrece de la situación de violencia de finales de los años cuarenta,

como es el *Informe de la Dirección Nacional Liberal a la Convención del Partido*, del 23 de junio de 1951, es citado una sola vez (Lleras Restrepo 1955, 245-329).

El libro utiliza de manera amplia toda la literatura partidista existente, sin discriminación alguna, y sin tomar partido por uno o por otro. Esa literatura se puede dividir en tres grupos, de acuerdo con su orientación: liberal, conservadora o comunista. Los textos más famosos de la literatura liberal, citados por Germán Guzmán, son *Lo que el cielo no perdona*, sobre la violencia en el noroeste antioqueño, escrito por un cura y firmado con varios nombres de acuerdo con las ediciones de Fidel Blandón Berrío (1996) o Ernesto León Herrera; *Los días del terror*, de Ramón Manrique (1955), una versión novelada sobre la violencia en Cundinamarca; *Guerrilleros, Buenos días*, de Jorge Vásquez Santos (1954), sobre la violencia en la región de Yacopí, donde actuaban Saúl Fajardo y Drigelio Olarte; *Las guerrillas del Llano*, el excelente libro de Eduardo Franco Isaza (1994), excombatiente liberal de la zona, que describe las angustias y los dolores de una guerrilla liberal, empeñada en la lucha pero abandonada por sus jefes. Este libro y *Las guerrillas de los Llanos Orientales*, del coronel Gustavo Sierra Ochoa, son las principales fuentes que utiliza monseñor Guzmán para describir la violencia en esa zona del país.

Los textos más utilizados de la literatura conservadora son dos libros escritos bajo el seudónimo de Testis Fidelis (1953, 1955), que corresponde a Juan Manuel Saldarriaga Betancur. El primero es *El Basilisco en acción o los crímenes del bandolerismo*, en el cual se describen con profusión de fotografías, y de manera absolutamente sectaria, los crímenes cometidos por los liberales o imputados a ellos, departamento por departamento, expurgando de toda culpa al Partido Conservador; y el segundo es *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó*, que es una respuesta a la novela *Viento seco*, sobre las masacres de Ceylán y Barragán de 1949, y a la obra de Blandón Berrío sobre la violencia en el noroeste antioqueño. En este panfleto conservador se establece no solo la conexión entre la violencia y el comunismo —lugar común en este tipo de bibliografía—, sino además entre los llamados por el autor el bandolerismo y el protestantismo. A estos libros habría que agregar la obra *Balas de la ley* (Hilarion s/f), crónica de la violencia en Boyacá, escrita por un suboficial de la policía conservadora, a quien el propio Laureano Gómez sacó del Ejército por sus excesos; hoy en día esta obra se considera uno de los clásicos en su género.

Monseñor Guzmán utiliza indistintamente estos textos para fundar sus afirmaciones, haciendo caso omiso de su sectarismo y de su sesgo partidista, que consiste, sobre todo por el lado de los conservadores, en mostrar que las atrocidades las comete el adversario, no ellos mismos, que se presentan, por el contrario, como simples perseguidos que no han hecho otra cosa que defenderse. Al uso de estas fuentes habría que agregar la literatura comunista de *Treinta años de lucha del partido comunista*, del Partido Comunista de Colombia (1960), y algunos otros textos escritos por militares, como el de Gustavo Sierra Ochoa, ya citado.

Otro elemento notable del libro es que no diferencia entre géneros porque le da igual importancia al panfleto, a la novela y al ensayo. En el libro aparecen citadas muchas de esas publicaciones que, a riesgo de equivocarme, no tienen mucho interés como documento.

El libro de monseñor Guzmán es considerado por todo el mundo como el momento inaugural y fundador de los estudios sobre *La Violencia* de los años

cincuenta, por la rica información empírica que trae. Eric J. Hobsbawm, en su obra *Rebeldes primitivos*, lo asume como su primera fuente de información en el capítulo “La anatomía de “*La Violencia*” en Colombia” (Hobsbawm 1983, 263-273). Las reseñas bibliográficas globales que existen sobre la *Violencia* reafirman y corroboran que los estudios sobre este fenómeno social comenzaron con este libro. Y se considera que durante los quince años posteriores a su publicación todo lo que se escribió sobre la *Violencia* no fue otra cosa que paráfrasis de lo que monseñor Guzmán presentó aquí, sin avanzar mucho en la parte empírica, porque los datos utilizados fueron los mismos. Solamente a finales de los años setenta vamos a asistir a una verdadera renovación de los estudios.

7. La parte descriptiva del libro

El primer Tomo de *La Violencia en Colombia* apareció publicado, como ya se ha dicho, en julio de 1962, por la Editorial Iqueima, numerado y con fecha de junio. Su éxito y su resonancia fueron tales que en menos de dos meses, en septiembre de ese mismo año, apareció una segunda edición a cargo de Ediciones Tercer Mundo, igualmente numerada, y destinada, según se dice en la presentación, a la “distribución en el exterior”. Desde entonces se han hecho muchísimas reimpresiones, cuyo número supera la decena, por parte de editoriales como Carlos Valencia Editores, Círculo de Lectores, Taurus o Editorial Planeta. En diciembre de 1963, después de la amplia polémica despertada por el primer Tomo, se publicó un segundo Tomo. En 1968, con el nombre de *La Violencia en Colombia, parte descriptiva*, apareció publicada una versión con una selección de los capítulos descriptivos, por Editorial Progreso. En 2004, la Editorial Taurus sacó una nueva edición, con un nuevo prólogo de Orlando Fals Borda, en el que presenta una mirada retrospectiva sobre lo que fue la aparición inicial del libro. Esta edición aparece ahora como libro de bolsillo.

El Tomo 1, el más importante sin lugar a dudas, está organizado en tres partes; las dos primeras, las más significativas por lo demás, están a cargo de monseñor Guzmán. La primera se llama “Historia y geografía de la violencia” y comprende cuatro capítulos descriptivos, de los cuales se destacarán aquí algunos aspectos relevantes, por su trascendencia en la literatura posterior o por su importancia para la comprensión de las características del enfoque que presenta sobre la *Violencia*. Al describir el libro, se ofrecerá además una información básica sobre este proceso social, para quienes no conocen el tema.

La gran novedad que encontramos en esta primera parte es que monseñor Guzmán no considera que la *Violencia* comience en el período 1946-1949, sino que tuvo su verdadero inicio en los años treinta, con la violencia ejercida por los liberales contra los conservadores, como consecuencia del cambio de hegemonía partidista. Esta formulación es bastante importante para entender la *Violencia* de los años cincuenta porque permite matizar la idea que habitualmente se ha presentado, según la cual fueron los conservadores quienes la iniciaron en 1946, con la llegada de Ospina Pérez al poder. Según monseñor Guzmán, en los años cuarenta los conservadores no estarían haciendo otra cosa que responder, doce años más tarde, a la violencia de origen liberal de los años treinta.

Con este planteamiento se inaugura una de las principales ideas del libro, que será enriquecida poco a poco: no es posible leer la violencia desde una sola vía; tanto los liberales como los conservadores son responsables. Además, nos pone a pensar en que la *Violencia* responde a una dinámica diferente a una simple lógica de agresión y "respuesta defensiva", y se encuentra arraigada de manera mucho más profunda en las condiciones de vida del campesino. El autor insinúa, incluso, que "el fenómeno se diluye en odios entre familias que se extinguen con precisión fatal", dando a entender que no se trataría solo de un fenómeno de enfrentamiento entre posiciones políticas, sino de una lucha con arraigo en una familia campesina que se encontraba atravesada por la oposición partidista (LVC t. 1, 27).

8. La periodización

El segundo aspecto por mencionar es que el libro elabora una periodización de la *Violencia* que los estudios posteriores como los de Rusell W. Ramsey (2000), Paul Oquist (1978), Daniel Pécaut (2001) y muchos otros van a recoger tal cual. El primer período es un preámbulo, que terminaría en 1949 (monseñor Guzmán lo hace comenzar en 1948 pero se puede llevar hasta el 46), en el cual se crea un "ambiente de tensión y conmoción" de carácter eminentemente urbano que conduce poco a poco a la generalización del conflicto en 1949 (el capítulo I está destinado a describir dicho período). La idea de que 1949, y en especial el momento de la ruptura de la Unión Nacional, creada como consecuencia del 9 de abril, es el momento crucial a partir del cual la violencia se generaliza, es recogida años más tarde por Daniel Pécaut (2001) en su libro *Orden y violencia* y hace parte esencial de su interpretación.

El segundo período (1949-1953), llamado por el autor la "primera ola de violencia" es el momento en el cual la violencia alcanza sus mayores proporciones y toca todos los departamentos poblados del país, salvo la costa Atlántica y Nariño. Este período es objeto del capítulo II, y se puede decir que la mayor parte de la información empírica que el libro presenta se refiere sobre todo a este período: aquí encontramos una minuciosa descripción, casi un inventario, de los actos de violencia ocurridos en cada una de las regiones escogidas. Sobre el Tolima (19 páginas) hay información región por región (Norte, Centro, Sur y Oriente), y municipio por municipio, seguramente por ser la región de origen de monseñor Guzmán y sobre la cual contaba con mayor información. También aparece reseñado lo que ocurre en los Llanos Orientales, Boyacá, Antioquia, Cundinamarca y otras regiones. La geografía de la violencia que aparece en el capítulo V completa el cuadro, con una descripción de las características de los departamentos afectados, el inventario de los municipios y de los jefes de grupo. Todo ello acompañado de un trabajo cartográfico que no parece haber sido superado hasta el momento.

El tercer período corresponde a una primera tregua, entre 1953 y 1954, generada por la amnistía a los grupos alzados en armas que se impulsó con la llegada de Rojas Pinilla al poder. En este momento se desmovilizaron los guerrilleros de los grupos tolimeses, Juan de la Cruz Varela en Sumapaz, Rafael Rangel en Santander y, sobre todo, la totalidad de la guerrilla de los Llanos Orientales. Solo queda sin desmovilizar la guerrilla de los comunes del sur del Tolima, donde está Manuel Marulanda Vélez y un sector importante de la guerrilla del Suma-

paz. Utilizando las fuentes del archivo de la Comisión, monseñor Guzmán hace una detallada descripción de la amnistía de Rojas, un análisis de los factores de reiniciación de la violencia en 1954, y una descripción con sumo detalle de los bombardeos de Villarrica ordenados por Rojas Pinilla en 1954 y 1955.

El cuarto período, descrito en el capítulo III, corresponde a la segunda ola, entre 1954 y 1958, momento de inicio del Frente Nacional, durante la cual los departamentos más afectados fueron sobre todo los de las zonas cafeteras de Valle, antiguo Caldas, Tolima y Huila. El quinto período corresponde a una segunda tregua, iniciada a partir de 1958. A este último período, que se inaugura dicho año y se prolonga hasta 1965, la bibliografía posterior lo ha denominado el período del bandolerismo. En el capítulo III de la tercera parte del Tomo 2, monseñor Guzmán presenta una descripción minuciosa de lo que sería el protagonista de esta etapa, con el nombre de “el nuevo antisocial”. Ya no son los campesinos pacíficos arrastrados por el torbellino de la “agitación y la conmoción política” de comienzos de los cincuenta, sino los “hijos de la violencia”: Pedro Brincos, Chispas, Sangrenegra, Desquite, Efraín González, entre otros.

9. El análisis sociológico propiamente dicho

Existen en el libro por lo menos tres formas de hacer sociología, que vamos a presentar en orden inverso a su ubicación en el texto. La primera es la descripción de actores, grupos, prácticas y formas de comportamiento. La segunda es el estudio de los efectos de la violencia sobre las instituciones. Y la tercera es el análisis puramente cuantitativo. Estas tres formas de hacer sociología se encuentran claramente desarrolladas en la segunda parte del primer Tomo, llamada “Elementos estructurales del conflicto”, considerada por Orlando Fals como “el corazón del libro” (LVC t. 1, 17). Se ofrece aquí, no una descripción de hechos de violencia o de su ubicación geográfica, sino una sociología de la violencia propiamente dicha, inspirada por la dimensión empírica del funcionalismo a la que se hizo mención al comienzo de este trabajo. Para presentar la primera forma de hacer sociología, vamos a comparar el tipo de análisis sociológico que se lleva a cabo en esta parte del libro, con el tipo de análisis que domina en los años sesenta.

El tipo de enfoque sobre la *Violencia* que se impone en los quince años posteriores a la publicación del libro de monseñor Guzmán tiene dos características. Por un lado, existe el enfoque politológico, promovido sobre todo por los investigadores extranjeros de origen norteamericano, que privilegian el aspecto nacional de las disputas políticas y buscan formas políticas de causalidad del fenómeno, como es el caso de James Payne en *Patterns of conflict in Colombia* (1968) y muchos otros. Desde la publicación de *La danza de los millones* (Fluharty 1981), hasta la segunda mitad de los años setenta, contamos con más de quince títulos en la bibliografía de politólogos norteamericanos como Robert Dix (1967) o John D. Martz (1962), entre otros.

Por otro lado, tenemos la orientación inspirada en un marxismo vulgar y esquemático que tuvo, por lo demás, una nefasta influencia en los estudios sobre el tema, al aplicar su esquema economicista y reduccionista a un fenómeno social que presenta unas particularidades irreductibles a un simple esquema de desarrollo económico. El trabajo marxista trata de hacer dos cosas: relacionar la

violencia con el desarrollo del capitalismo, siguiendo dogmáticamente la idea de que "el capital viene al mundo sudando lodo y sangre" (este es el caso de autores como Mario Arrubla (1974), Salomón Kalmanovitz (1978) y Alfonso Tobón (1972), entre otros), y aplicar dogmáticamente el esquema de la lucha de clases, sin tener en cuenta la dimensión horizontal de la lucha que se establece entre campesinos que comparten la misma situación de clase pero que se encuentran diferenciados por una división política, que propicia entre ellos un enfrentamiento a muerte, como es el caso de los estudios de Francisco Posada (1968).

Llevando la violencia a lo político o a lo económico, se evapora lo que podríamos llamar la dimensión propiamente social del fenómeno que, por lo demás, es la que nos permite la descripción de sus características concretas y de sus particularidades. Y esto es precisamente lo que hace monseñor Guzmán: ofrecernos una descripción empírica, específica y concreta de los actores de carne y hueso, de sus acciones y de sus organizaciones. No se trata, pues, de reducir los enfrentamientos a un juego abstracto de categorías económicas estructuralmente definidas, a los "lugares abstractos y vacíos de la estructura de un modo de producción" —como aparece en el marxismo economicista y teleológico—, o de describir los enfrentamientos que se presentan en el escenario de la política nacional, sino de una descripción del grupo humano que hizo la *Violencia*. Y va a pasar mucho tiempo antes de que los investigadores sobre el tema recuperen este tipo de enfoque.

Una enumeración puede dar una idea de lo que es esta forma de proceder para establecer el contraste con los otros enfoques. En primer lugar, muestra las características concretas de los campesinos que hicieron violencia (niveles de escolaridad, edades, tipo de trabajo, elementos étnicos, creencias religiosas, representaciones mentales), así como el papel de la mujer y de los niños en el conflicto. En segundo lugar, muestra las características de los grupos o de los colectivos que se formaron al ritmo del conflicto: la comunidad desplazada que se constituye como "grupo errante" en fuga, huyendo de la persecución que sufre; el tipo de instituciones que se crean alrededor de la lucha para mantener el control social o para sancionar la mala conducta; el tipo de justicia que se administra; las medidas internas, la dirección y las formas del liderazgo que se establecen dentro del grupo.

Describe igualmente la forma de funcionamiento interno de la guerrilla y del comando organizado, como es el caso, por ejemplo, de los limpios y los comunes, de orientación liberal y comunista respectivamente, ubicados en el sur del Tolima. Muestra en qué consiste la cuadrilla, como grupo no organizado, anárquico y espontáneo, compuesto por pocas personas. Presenta también la descripción de los llamados pájaros, como El Cóndor, Lamparilla, los pájaros de todos los colores (azul, verde, negro), Turpial, Bola de Nieve, entre otros.

Mucho antes de que se difundiera la metodología de las historias de vida, Guzmán presenta en el capítulo VI las semblanzas de los jefes guerrilleros, haciendo un énfasis muy particular en el hecho, aún no suficientemente considerado por la literatura posterior, de que la primera generación de jefes guerrilleros son personas perfectamente inscritas en la estructura social prebélica, es decir, no se trata de delincuentes natos sino de gentes que, al crearse las condiciones, se vieron arrastradas por el conflicto y cayeron en los más terribles excesos. Guzmán nos describe indistintamente líderes guerrilleros liberales como Eliseo

Velásquez, Leopoldo García, Teófilo Rojas, Rafael Rangel y Juan de Jesús Franco, o conservadores como Teodoro Tacumá.

Además, no muestra solamente quiénes son los protagonistas (individuos o grupos) sino también la forma como actúan, es decir, las tácticas y estrategias que ponen en práctica. Notable también es la preocupación por mostrar y describir las “manifestaciones culturales de los grupos en conflicto” (nombre del capítulo VIII), en el cual aparecen descritas las formas de financiación y comunicación, la manera como se visten, el lenguaje que utilizan, los apodos con que se llaman, las canciones y las coplas que crean al calor de la lucha o de la resistencia.

Esta descripción de actores y grupos concretos, con sus formas de acción, no solo tiene importancia por el tipo de sociología que se hace, sino también por su dimensión política de primera magnitud. El Frente Nacional no significaba solamente eludir la responsabilidad de los dirigentes políticos, sino también desconocer la actividad de las masas plebeyas o campesinas, estigmatizarlas y, sobre todo, ignorarlas mediante el silencio, es decir, no hablando de ellas. Monseñor Guzmán nos muestra, por el contrario, quiénes eran esos líderes guerrilleros o esos campesinos rasos de carne y hueso que protagonizaron el conflicto, y les quita así su dimensión de monstruos, de delincuentes o de “criminales constitucionales”.

El libro *La Violencia en Colombia* ha sido muy conocido por la descripción minuciosa de los crímenes que lleva a cabo en el célebre capítulo IX, llamado “Tanatomanía en Colombia”. La literatura partidista también presenta un inventario de crímenes, pero al servicio de una forma sesgada de ver el conflicto. Monseñor Guzmán, por el contrario, nos muestra que la barbarie es recíproca y que los actores de los crímenes son todos: militares, policías, liberales y conservadores (LVC t. 1, 92). El liberal no se limita a la acción de resistencia y defensa, sino que también responde al horror con el horror. El campesino no es simplemente una víctima, sino también un victimario que actúa por cuenta propia, más allá de las consignas o de las órdenes inmediatas de sus jefes políticos. El autor nos describe las formas múltiples de matar (picar para tamal, bocachiquear, no dejar ni la semilla, el corte de franela, el corte de corbata, el corte de mica, el corte francés, el corte de oreja, etc.), y al hacerlo deja implícita una pregunta que la literatura posterior no ha asumido en su verdadero significado: ¿por qué los campesinos se matan como se matan, con tales excesos de sevicia y horror? De la descripción de monseñor Guzmán se deduce que la manera de matar hace parte necesariamente del sentido de lo que ocurre en ese momento.

La segunda forma de hacer sociología que aparece en el texto tiene que ver con la descripción y el análisis de la manera como la violencia repercute en las instituciones y altera su funcionamiento, en un “impresionante proceso de disfunción” (LVC t. 1, 239). El capítulo X presenta una descripción muy minuciosa de la forma como la violencia penetra y altera la forma de funcionamiento del Congreso Nacional, los partidos políticos, los aparatos de justicia, la Policía, el Ejército, las instituciones religiosas, la familia, la escuela y hasta las formas de recreación.

La tercera forma de hacer sociología se refiere a la dimensión cuantitativa del proceso. Monseñor Guzmán en el capítulo XI, con la colaboración de Fals Borda, es el primero en hacer los cálculos del número total de muertos. A partir de las cifras oficiales de la Policía Nacional, que comienza la elaboración de estadísticas en 1958, lleva a cabo una extrapolación estadística retrospectiva, para concluir que

los muertos no fueron menos de 200.000. Años más tarde, estos cálculos serán corroborados, con una elaboración estadística más sofisticada, por Carlos Lemoyne, y presentados por Paul Oquist en su célebre libro (Oquist 1978, 51-99).

10. La interpretación de la *Violencia*

¿Se podría afirmar que monseñor Guzmán ofrece en este libro una interpretación global del fenómeno de la *Violencia*, o se trata simplemente de una presentación empírica muy valiosa que no ofrece nada para su comprensión? Gonzalo Sánchez, el decano de los estudiosos de la violencia en Colombia, nos dice, por ejemplo, que el texto tiene una gran debilidad analítica. Se intentará mostrar aquí cómo se justificaría esta afirmación de Sánchez, pero a la vez ensayando otro tipo de lectura que contradice dicha afirmación.

El libro ofrece interpretaciones explícitas del fenómeno de la *Violencia* en dos partes. La primera en el famoso capítulo XIII del primer Tomo, a cargo, según Fals Borda, de los profesores de la Universidad Nacional que, como se ha comentado, despliega todo un aparataje conceptual de origen funcionalista para interpretar La *Violencia*. La segunda interpretación, obra de monseñor Guzmán, aparece en el capítulo VI de la tercera parte del Tomo II, llamado "Etiología de la *Violencia*", en el cual, con el objetivo de hacer una terapéutica, se elabora un balance exhaustivo sobre lo que él denomina las causas del fenómeno de la violencia. Siguiendo un esquema bastante convencional de la causalidad, Guzmán divide las causas en cuatro grupos: causas remotas, causas próximas, causas inmediatas y causas coadyuvantes. En el marco de esta clasificación se encuentra una serie de factores explicativos que pueden llegar a más de cincuenta, que son presentados incluso en un cuadro sinóptico: ancestro aborigen, maniqueísmo político, insuficiencias educativas, intromisión del poder temporal en lo eclesial, deterioro del concepto de autoridad, intromisión de la política en lo militar, clima de conspiración, fallas morales, insuficiencias de los dirigentes, ambición económica desorbitada, oportunismo económico, y así sucesivamente.

Como se puede ver, tanto la interpretación funcionalista como el inventario jerárquico de causas no son muy interesantes. Lo verdaderamente interesante es el tipo de interpretación que se encuentra implícita en la descripción de los hechos de violencia y en el tipo de análisis sociológico que propone. Ninguna descripción de hechos es ajena a una concepción o a una interpretación implícita. Aun detrás de la más desprevenida descripción de hechos hay una interpretación. La forma misma de seleccionar algunos aspectos y de rechazar otros es ya significativa. Así como se piensa a través de los sueños, como nos lo enseña Freud, también se piensa a través de la descripción de los hechos. Y esa es la pregunta que aquí se plantea: ¿Cómo piensa la *Violencia* monseñor Guzmán a través de las descripciones empíricas que lleva a cabo? La bibliografía sobre la *Violencia* ha tomado el libro de Guzmán simplemente como una presentación de hechos, sin darse cuenta de que detrás de esa selección hay una interpretación implícita.

Según monseñor Guzmán, la *Violencia* está precedida de un primer acto, entre 1946 y 1949, durante el cual se presenta, según sus palabras, un clima generalizado de "engaño, conspiración" e intolerancia (LVC t. 1, 39). En ese marco se forman dos bandos: los que buscan derrocar al gobierno, "salvar la patria", vengar la sangre

derramada en la Cámara; y los que buscan sostener al gobierno, “salvar la patria” y asegurar mayorías electorales. Los primeros tratan de imponer un hecho político mediante la acción de elementos oficiales; los segundos asumen la defensa de un sector cuyos derechos consideran lesionados por la injusticia. Los principales protagonistas de estas disputas son los dirigentes políticos a nivel nacional que despliegan sus acciones en los escenarios consagrados de la política.

Esos grupos oligárquicos desencadenaron un conflicto entre ellos, sin darse cuenta de que lo que sucede a nivel nacional repercute en el nivel local en las provincias. Y en efecto, el conflicto se desplaza de las oligarquías al pueblo, entendiendo por pueblo la inmensa masa campesina de la nación, que en ese momento es mayoritaria con respecto a los sectores urbanos. Y el conflicto se arraiga en las condiciones de vida del campesino y toma vida propia hasta tal punto que lo que era en un principio una lucha entre sectores de la oligarquía se convierte en una lucha fratricida entre campesinos, una “mutua vendetta in-misericorde”, para utilizar sus propias palabras (LVC t. 1, 96). La persistencia y la terquedad de la lucha se deben en buena medida a que se instaló en “la entraña del pueblo” y allí se “se alimentó de todas las formas del resentimiento, del odio, de la crueldad y del sadismo” (LVC t. 1, 113).

La idea de un conflicto que nace en las clases altas, se desplaza a las clases bajas y adquiere en sus condiciones de vida una dinámica propia, que no es de manera alguna un lugar común, si la comparamos con la interpretación que considera que la *Violencia* es la forma particular que asume en Colombia el desarrollo del capitalismo en el campo, o el simple efecto instrumental de las disputas políticas globales. En ambos casos hay también desplazamientos pero de otra índole: de los componentes propiamente sociales del conflicto a unas variables económicas o políticas de carácter general.

Desde el punto de vista de la interpretación de monseñor Guzmán se deducen varias cosas. En primer lugar, en buena medida el libro es un duro enjuiciamiento de las oligarquías, que no supieron estar a la altura de su papel dirigente, que obraron de manera irresponsable (recordemos que las preguntas por la responsabilidad son constantes a lo largo de libro), que no se dieron cuenta de las consecuencias que su enfrentamiento podía tener en el pueblo campesino, y que una vez se percataron de su obra ya no pudieron hacer nada. El campesino, nos dice monseñor, fue arrastrado a la violencia “sin que los condottieros de turno se percataran de cuán peligroso es jugar en Colombia a la revolución con labriegos” (LVC t. 1, 43). Las oligarquías subestimaron “malignamente la dinámica del crimen y el crimen asfixió al país”.

En segundo lugar, el libro es una investigación de lo que es, de lo que quiere y de lo que busca el campesino colombiano, sociológicamente hablando, visto a través de la descripción de su participación en La Violencia de los años cincuenta. Ese campesinado conforma una entidad llamada pueblo. Y monseñor Guzmán, apoyado en los hechos, se niega a dividirlo, como en el esquema político imperante, en un pueblo liberal y un pueblo conservador. El pueblo es fundamentalmente la masa campesina que actúa de una manera similar, independientemente de su color político. La investigación, entonces, podría entenderse como una pregunta acerca de qué es el pueblo campesino cuando se deja

a su propia dinámica, por fuera de la dirección política de los que deben hacerlo. Varios aspectos son importantes al respecto.

Monseñor Guzmán nos muestra que el campesino colombiano no es meramente una víctima. A lo largo del texto lo repite muchas veces: el campesino es víctima y victimario. No es un mero agente pasivo, engañado por las oligarquías, utilizado y manipulado, sino un actor social que asume la violencia como un proyecto propio, como algo que tiene origen en sí mismo, en sus propias condiciones de vida. Es cierto que las élites empujaron a los campesinos a la violencia, pero el asunto va más allá. Recordemos una vez más que la barbarie es de lado y lado. Los liberales, por ejemplo, se defendieron de la agresión conservadora, nos diría Monseñor; pero la ferocidad con que hicieron la defensa supera rápidamente con creces la ferocidad de los atropellos recibidos. La violencia es una afirmación autónoma de un pueblo que por razones que no conocemos es capaz de masacrarse entre sí, sin que sus amos tradicionales tengan que estar presentes en cada momento manipulándolos o utilizándolos.

La propuesta implícita de Guzmán sería entonces separar la violencia de la dimensión propiamente política nacional (lo que hace la literatura politológica de los años sesenta) y de la dimensión economicista (como lo hace el marxismo vulgar) y tratar de entender qué es y en qué consiste, sociológicamente hablando, el pueblo campesino colombiano de la época: en qué trabaja, cuáles son sus condiciones de vida, de qué es capaz cuando fallan sus dirigentes. La pregunta de investigación más importante que se encuentra detrás de todas sus descripciones empíricas es la siguiente: ¿Puede el campesino desarrollar una conciencia autónoma de su situación?

La orientación interpretativa fundamental del libro se inscribe en un tipo de representaciones y de imaginarios políticos creados a partir de dos fuentes: en primer lugar, el populismo de los años cuarenta, que en el caso colombiano es el populismo gaitanista; y, en segundo lugar, los valores religiosos del catolicismo, como son la piedad, la misericordia y la caridad. De la fusión de estas dos orientaciones surgen tanto las virtudes del texto como sus limitaciones.

Según esta interpretación, la *Violencia* se inscribiría como un capítulo más de una movilización populista iniciada por Gaitán, pero con dos diferencias fundamentales. En primer lugar, el pueblo de monseñor Guzmán no es el pueblo urbano de las ciudades, al que se refería Gaitán, sino el pueblo campesino raso, que habita el campo. Y en segundo lugar, el movimiento populista de Gaitán operaba a partir de un líder pero sobre todo de la palabra de un líder, a través de la cual reivindicaba su existencia y su presencia. En la *Violencia* de los años cincuenta ya no hay líderes que sirvan de guía; el pueblo se ha vuelo autónomo. Y si el fenómeno gaitanista pertenecía de manera prioritaria al orden de las ideologías, de las representaciones y de los imaginarios políticos, la *Violencia*, por el contrario, corresponde de manera casi exclusiva al orden de los hechos. La gran paradoja de la autonomía del pueblo es la violencia que constituye "la tragedia del pueblo colombiano".

Monseñor Guzmán se identifica con ese pueblo, lo quiere y lo valora; dice que es un "gran pueblo que no ha sido valorado por sus dirigentes". Pero lo ve al mismo tiempo con realismo, con esperanza y con desilusión. El realismo se expresa de manera palmaria cuando estudia el crimen, el cual sería precisamente la forma siniestra como el pueblo se afirma y se vuelve autónomo. La recupera-

ción de los crímenes es posible gracias a un sentimiento católico de piedad y de conmiseración: “es necesario descender con horror, con asco, pero con ilimitada comprensión humana, con heroica y cristianísima caridad, a ese subfondo de miseria, para ver de cerca el alma misma de un conglomerado que se desintegró y buscar soluciones adecuadas con conocimiento minucioso de su tragedia y de su patología” (LVC t. 1, 224).

No obstante, en el Tomo 2 trata de pensar de nuevo la situación del pueblo y lo hace en dos direcciones: con esperanza y con desilusión. Primero se dedica a pensar hasta qué punto el pueblo por sí mismo es capaz de superar esa situación (LVC t. 2, 224). Pero igualmente la desilusión aparece cuando se da cuenta de que en 1962 la violencia continúa, se están cerrando los caminos, y en lugar del primer protagonista ha aparecido un “nuevo antisocial”, hijo de la *Violencia*, que ha perdido todos los referentes que puedan dar sentido a su lucha y se ha convertido en un criminal y en un delincuente.

La lectura de la *Violencia* desde el punto de vista de un populismo católico, más cercano a unos valores tradicionales que a unos valores próximos a una concepción de modernidad, no es negativa de por sí. Los hechos se leen siempre desde una perspectiva ética y política; no hay hechos brutos como tal, con una significación propia. El problema, como dice Max Weber, es saber hacer explícitos esos presupuestos y discutir las limitaciones y posibilidades que cada interpretación particular permite (Weber 1993). Es un hecho que la posición de Guzmán es un paso adelante muy importante con respecto a la lectura partidista de la violencia, ya que permite ver muchas cosas que la literatura partidista oculta, como es el caso de la doble condición del campesino como víctima o victimario, o de la autonomía que tiene la violencia en las condiciones de vida del propio campesino.

Igualmente, la lectura populista católica de Guzmán es muy superior a la lectura de los politólogos norteamericanos o a la lectura de la vulgata marxista que viene después de él. No se puede olvidar que el reto planteado por Guzmán va a ser recogido por la investigación sobre la violencia solamente quince años después de publicado el libro. Esta nueva literatura supera a Guzmán porque es capaz de transformar sus grandes intuiciones, expresadas en un lenguaje populista y católico, en un lenguaje moderno de las ciencias sociales. Hay que reconocer, sin embargo, que muchos de los problemas planeados por Guzmán aún no han encontrado una respuesta satisfactoria, como es el caso de la pregunta por la forma salvaje y bárbara como se destrozaban y se siguen destrozando entre sí los campesinos colombianos.

11. La reacción al libro

La publicación del libro en julio de 1962 produjo toda clase de reacciones, que cumplen con creces los objetivos que los autores se proponían: despertar a la opinión pública, poner a discutir y a reflexionar a Colombia entera, aun a costa de insultos y diatribas. Orlando Fals reseña y estudia con mucho cuidado, en la introducción al Tomo 2, las diversas posturas que se expresan frente al libro, y elabora incluso una periodización muy fina desde el momento de su aparición hasta diciembre de 1962 (LVC t. 2, 9-52).

El libro produjo inicialmente reacciones positivas y aprobatorias por parte de sus lectores. Al principio, cuenta Fals Borda, se aceptó la idea propuesta por el libro de una responsabilidad compartida por toda la sociedad colombiana. Pero poco a poco el calor de la discusión subió y las reacciones negativas crecieron, como la de Álvaro Gómez Hurtado, conocido por su alta participación en los hechos, quien lo llamó "un relato mañoso y acomodaticio, respaldado por unos documentos secretos" (LVC t. 2, 21). Los periódicos nacionales se reunieron e hicieron un armisticio para evitar polémicas públicas sobre las responsabilidades. Y hasta el Congreso Nacional llevó a cabo una sesión especial para discutir el libro.

Aunque hay que reconocer la importancia de la publicación de este libro y de las reacciones que produjo, sea cual sea su orientación, no se puede desconocer que las características del debate demuestran con creces la precariedad de la opinión pública colombiana del momento. Sería interesante poder analizar con detalle todos los falsos problemas y las contradicciones en que se mueve esta polémica. Un ejemplo: los que defienden el libro se acogen a la tesis, presentada por la propia obra, de que la responsabilidad por lo sucedido es de todos, es decir, de la sociedad colombiana en su conjunto. Se trata de una manera de absolver por anticipado las responsabilidades particulares apelando a un recurso católico. Aquello de que "todos somos culpables" es una versión secular y sofisticada de la idea religiosa de que todos venimos al mundo con el pecado original a costas. No se trata entonces de una verdadera conciencia de lo que significan las denuncias del libro.

La Violencia de los años cincuenta es considerada en la vida nacional como una especie de punto muerto, vacío de significación en la trama de los acontecimientos. Los partidos políticos que tuvieron protagonismo en los años posteriores buscan sus héroes y sus emblemas en otras épocas. La *Violencia* es algo de lo que nadie quiere hablar, algo en lo que nadie quiere pensar. Y desde este punto de vista este libro significa, sin lugar a dudas, un hito de primera importancia que nos planea muchas preguntas que hoy en día son más vigentes que nunca.

En primer lugar, hasta qué punto una sociedad que ha vivido un cataclismo colectivo como el de La Violencia puede efectivamente superar la situación sin llevar a cabo una serie de tareas fundamentales de muy diversa índole. La primera de ellas es reparar a las víctimas que han perdido sus bienes, a sus familiares y amigos, así como a todos los que se han visto obligados a desplazarse a otros lugares, por solo mencionar dos casos. Habría que hacer un balance de lo que significaron en este sentido los programas impulsados por el Frente Nacional. En segundo lugar, habría que preguntar hasta qué punto es posible superar una situación de estas, sin llevar a cabo un juicio sobre la responsabilidad de agentes particulares y concretos en el proceso, más allá de la idea de que todos somos culpables.

En tercer lugar, existe otra tarea, tanto o más importante que las anteriores: la elaboración de un discurso colectivo dentro del cual sea posible integrar a la trama de unos acontecimientos, un suceso de estas proporciones. En la realización de esta tarea, como ha ocurrido en países como Alemania con la Segunda Guerra Mundial, o como Francia con la Resistencia o con la Guerra de Argelia, las ciencias sociales tienen un papel fundamental que cumplir. En Francia existe un grupo de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, que se ha dedicado, con pleno apoyo gubernamental, a reconstruir la participación

del Estado francés en la Guerra de Argelia. En el caso colombiano, el libro de monseñor Guzmán desempeña sin lugar a dudas un papel fundamental en esta tarea porque inaugura un proceso de reconstrucción de un pasado terrible. No obstante, este proceso no necesariamente se ha dado de manera satisfactoria. Evaluarlo podrá ser objeto de otra investigación.

Agreguemos, para terminar, que la *Violencia* de los años cincuenta no es una época fenecida y dejada atrás de manera definitiva. Por el contrario, y como diría Marx, el “recuerdo de los muertos oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx 1973, 408). Existen múltiples formas de continuidad entre lo que ocurre en los años cincuenta y lo que está ocurriendo actualmente. Muchos creen incluso que en la compleja lógica de causalidad, que nos permitiría entender el presente de la violencia en Colombia, habría que considerar como uno de los elementos más importantes el hecho de que no se haya dado un verdadero juicio de responsabilidades frente a lo ocurrido en aquella época y que sigamos pensando la *Violencia* como una especie de interrupción de nuestra historia sin conexión con el pasado y sin nexo con lo actual. Freud decía que lo que no se elabora a través del discurso y la palabra retorna a través de los actos (Freud 1973). Y esto es tal vez lo que estamos viendo hoy en día.

Referencias bibliográficas

- Arrubla, Mario. *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Medellín: Editorial La Carreta, 1974.
- Azula Barrera, Rafael. *De la Revolución al nuevo orden: proceso y drama de un pueblo*. Bogotá: Editorial Kelly, 1956.
- Blandón Berrio, Fidel. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Editorial Planeta, 1996.
- Camacho, Álvaro y Segura Nora, «En los cuarenta años de la sociología colombiana». En *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, editado por Francisco Leal Buitrago y Germán Rey, 181—200. Bogotá: Tercer mundo editores, 2000.
- Cataño, Gonzalo. *La Sociología en Colombia*. Bogotá: Plaza & Janés, 1986.
- Comisión de Estudios sobre La Violencia. *Colombia: Violencia y democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- Dix, Robert H.. *The Political Dimensions of Change*. New Haven: University of Yale Press, 1967.
- Freud, Sigmund. «Recuerdo, repetición y elaboración». En *Obras Completas*, 1685-1688. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1973.
- Fluharty, Vernon Lee. *La danza de los millones. Régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)*. Bogotá: El áncora editores, 1981.
- Franco Isaza, Eduardo. *Las Guerrillas del Llano*. Bogotá: Editorial Planeta, 1994.
- Giddens, Anthony. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la reestructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998.
- Guerrero Barón, Javier. *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la Violencia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Instituto de estudios políticos y relaciones internacionales, 1991.

- Guzmán Campos, Germán et al. *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, t. I, 1962.
- _____. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, t. II, 1980.
- Hilarion, Alfonso. *Balas de la ley*. Bogotá: Editorial Santafé, (s/f).
- Hobsbawm, Eric J.. *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel, 1983.
- Kalmanovitz, Salomón. *Desarrollo de la agricultura en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1978.
- Lleras Restrepo, Carlos. *De la Republica a la Dictadura*. Bogotá: Librería Camacho Roldán, 1955.
- Manrique, Ramón. *Los días del terror*. Bogotá: Editorial A B C, 1955.
- Martz, John D.. *Colombia. A contemporary Political Survey*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1962 (versión en español: *Colombia. Un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969.
- Marx, Karl. «El dieciocho brumario de Luis Bonaparte». En: *Obras escogidas, tomo I*, 404-498. Moscú: Editorial Progreso, 1973.
- Nieto Rojas, José María. *La batalla contra el comunismo en Colombia*. Bogotá: Empresa Nacional de Comunicaciones, 1956.
- Partido Comunista de Colombia. *Treinta años de lucha del partido comunista*. Bogotá: Ediciones Paz y Socialismo, 1960.
- Payne, James. *Patterns of conflict in Colombia*. New Haven: University of Yale Press, 1968.
- Pécaut, Daniel. *L'Ordre et la Violence. Évolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*. Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences sociales, 1987
- _____. *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Editorial Norma, 2001.
- PNUD. *El Conflicto, callejón con salida, Informe Nacional de Desarrollo Humano, Colombia, 2003*. Bogotá: PNUD, 2003.
- Posada, Francisco. *Colombia, Violencia y Sub-desarrollo*. Bogotá: Universidad Nacional, 1968.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1978.
- Ramsey, Rusell W. *Guerrilleros y soldados*. Bogotá: TM Editores, 2000.
- Sánchez, Gonzalo. «La Violencia: de Rojas al Frente Nacional». En: *Nueva historia de Colombia, Historia política 1946-1986, tomo II*, compilado por Álvaro Tirado Mejía, et al, 153-178. Bogotá: Editorial Planeta, 1989.
- _____. y Ricardo Peñaranda. *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec, 1986.
- Sierra Ochoa, Gustavo. *Las guerrillas de los Llanos Orientales*. Manizales, Imprenta. Departamental, 1954.
- Testis, Fidelis. *De caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó*. Medellín: (s/l), 1955.
- _____. *El basilisco en acción o los crímenes del Bandolerismo*. Medellín: Tipografía Olympia, 1953.
- Tobón, Alfonso. *La tierra y la reforma agraria en Colombia*. Medellín: La Oveja Negra, 1972.

Urdaneta Arbeláez, Roberto. *El materialismo contra la dignidad del hombre. Su impacto en la vida colombiana*. Bogotá: Editorial Lucros, 1962.

Vásquez Santos, Jorge. *Guerrilleros buenos días*. Bogotá: Editorial Argra, 1954.

Weber, Max. «La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social». En: *Ensayos de metodología sociológica*, 74-111. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.